

Con la muerte en los puños*

Pedro Ángel Palou es uno de los más activos e interesantes narradores mexicanos de la actualidad. Con apenas 38 años de edad, ya cuenta con varias obras, de las cuales he leído dos: la novela *Malheridos*, publicada por Joaquín Mortiz, y *Con la muerte en los puños*, editada por Alfaguara. La primera es una historia de amor y secretos ominosos, en la que se explora la naturaleza del mal, en una especie de ambiente gótico, que hace de la obra una rareza. Reflexión y enjuiciamiento sobre la culpa de las matanzas de judíos, sobre el germanismo, el semitismo y los ocultos secretos de las familias, es de lectura intrigante, de escritura inteligente y culta, sin llegar al fárrago ni provocar el aburrimiento. Más bien sostiene en el lector una curiosidad bien dosificada y finalmente satisfecha.

Con la muerte en los puños me recordó la lectura de *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska, la escritora más inflada de los últimos tiempos (en realidad no leí la novela de la Poni: la escuché por radio: realismo antropológico más que literatura, qué pereza): un personaje se pone frente al papel en blanco o la grabadora y de un solo porrazo y con una sola voz, cuenta toda su historia.

Con la muerte en los puños relata la historia del boxeador Baby Cifuentes que va de la miseria a la

ignominia, luego al esplendor y la caída. La novela se encuentra estructurada en “raunds”: cada fragmento es un “raund”. En total son quince “raunds” de diversa intensidad. Comienza con tanteos, imprecisamente, hasta que el lector va captando el perfil del protagonista. Ya en el quinto “raund”, la pelea —la vida— de Baby se ve azotada por un vendaval que es el principio de una caída libre rumbo al fondo de la miseria humana. (“Ya estaba harto de Baby Cifuentes. Me daba mucha güeva, de veras, seguir viviendo conmigo”). Y naturalmente que es una mujer la que desencadena la destrucción del mundo de lujos y fulgores que estaba construyendo para sí Baby Cifuentes.

Hay una tendencia bastante marcada de Palou hacia las escenas subidas de tono, pero estas escenas son tratadas con naturalidad. Lo que sí llega a molestar es la falta de un trabajo sobre el lenguaje, la monotonía del lenguaje “lépero”, no sólo en el narrador protagonista sino en todos los personajes. Todos dicen “no mames, culero, me cae, güey...”, mil veces. La lección de Rulfo, que supo sublimar el lenguaje popular, no está asimilada por este narrador, que se fue por el camino fácil de la oralidad.

Tal como en la novela mencionada al inicio, hay en *Con la muerte en los puños* las huellas de una investigación exhaustiva en el ambiente propio de la obra: un conocimiento del mundo del boxeo, y la mención de algunos managers y boxeadores del

* *Con la muerte en los puños* de Pedro Ángel Palou, Alfaguara, México, .

mundo de la realidad no ficticia. Se mencionan personajes del ambiente político, presidentes, gente del mundo de la farándula.

Un asunto llama bastante la atención: el hecho de que esta novela, con escenas de crudeza casi supurante, haya sido escrita por quien es en la actualidad el Secretario de Educación y Cultura del Estado de Puebla, un estado que no se caracteriza precisamente por su apertura y liberalidad. Recuerdo que cuando Vargas Llosa se lanzó a la presidencia de Perú, sus opositores le reprocharon haber escrito *Los cuadernos de don Rigoberto*, novela abiertamente erótica. No hay duda que esta circunstancia contribuyó a que Vargas Llosa perdiera la presidencia... Habría que agregar que por fortuna, pues podemos estar seguros de que Vargas Llosa sigue siendo un buen novelista. No podemos afirmar que llegara a ser un buen presidente.

De Palou se puede decir sin reticencias que es un buen novelista. A mí hasta el momento no me ha desilusionado. Tiene su propia voz y sabe modularla. La novela es una novela de acción, escena tras escena, “raund” tras “raund” se producen modificaciones al destino ya de por sí accidentado de Baby Cifuentes. Lo valioso y diferente de esta novela de acción es el hecho de que hay una reflexión seria sobre la vida. Que se dé en la voz de un habitante de la selva del box es una novedad que no debe sorprender: ya se sabe que el monopolio de la filosofía no la tienen los filósofos, sino que es o podría ser parte de la naturaleza humana, sea cual sea su condición.

“¿Por qué pasan las cosas? En mi vida he oído muchas respuestas a esa pinche pregunta. La más pendeja es la

más repetida: por algo pasan las cosas. ¡Qué fácil! Los que contestan así casi siempre lo hacen cuando son las cosas de otros. Con lo que a ellos les pasa no pueden ni quieren preguntarse ni madres. Y nunca podrían llenar esa pinche palabrita: algo. ¿El destino? ¿Un Dios allá arriba, preocupado por chingarse a sus criaturas cuando hacen alguna pendejada? No lo creo. Pero tampoco puedo aceptar otra respuesta más que he oído: Uno se labra su propia tumba. Si así fuera, sería retefácil, ¿no? La pinche voluntad sería la causante de todos los triunfos y todas las derrotas. No mamen, me cae. Si algo sabe el boxeador después de un tiempo es que hay dos cabrones dentro del cuadrilátero. Por mucha pasión que uno le ponga, ahí está el otro que también quiere lo suyo”.

Tras continuar con la reflexión concluye: “La verdad es que yo tampoco sé por qué suceden las cosas”. En el ciclo de venturas y desventuras, las segundas terminan por dominar la vida de Baby Cifuentes; las primeras son un breve consuelo que le da la memoria. Tres mujeres marcan la vida de Baby Cifuentes, cada una de ellas más extravagante, más extremista. “¿No lo dije al principio? La culpa de todo en mi vida la han tenido las viejas. Ya me lo decía don Lupe desde el principio: Son ellas las que te van a enterrar, chamaco. A la mujer ni todo el amor ni todo el dinero”. El libro va elevando su nivel de intensidad, su dramatismo, convirtiendo el boxeo en una metáfora de la vida. El capítulo final amarra con eficiencia los cabos sueltos y cierra con un acto de venganza que no es el que ha soñado durante años Cifuentes. Siendo una novela corta (187 páginas de letra

grande y con muchos espacios en blanco), logra definir bien sus personajes, tiene una trama de tejido apretada y satisface por completo al lector de obras que no pretendan ser maestras, pero que sin serlo, entretienen y pueden llegar a apasionar. De ella, con muy poco trabajo, saldría una muy buena película. El hecho de que develen los vericuetos mefíticos de la política, el boxeo, el narcotráfico, la fácil propensión al mal de la mayoría de los seres humanos puestos en la

disyuntiva, no es más que una consecuencia natural de lo que se narra. Hay conocimiento del mundo en el escritor, pero no regodeo en esta virtud. Ni regodeo ni mensaje ni moral. Sólo relato. Y cuando termina la novela uno dice: fin. Ya no le importa saber qué pasó después, aunque sepa que lo que pasó después es precisamente lo que está pasando ahora en el mundo. Nada nuevo bajo el sol.

Marco T. Aguilera Garramuño